

El Encadenado de Píritu



«...a medida que se acercaba iba creciendo, se ponía cada vez más alto, y al llegar a la esquina de los Parada era tan grande que abarcaba toda la calle.»

Se cuenta que en la década de los años cincuenta era usual, sobre todo en la Semana Santa, escuchar entre las doce de la noche y la una de la madrugada un ruido inconfundible de cadenas que un sujeto invisible arrastraba desde la Quebrada de Leña hasta el cementerio, pasando extrañamente por la carrera 7. La señora Petra Silva de Gallegos, que vivió en esa calle recién casada, contó que por las mañanas oía los cuentos de sus vecinos preguntando si habían escuchado al Encadenado, y que cuando su esposo Juan Gallegos se encontraba fuera del pueblo, ella se veía en la necesidad de abandonar su casa para ir a dormir donde su madre por temor a oír al Encadenado. Estas noches de temor en espera de lo impredecible fueron comparadas con su vecina la señora Hilda de Salcedo.

La madre de Humberto Gallegos de repente una noche oyó a un jinete que sonaba unas cadenas, se asomó por la ventana y vio a un hombre a caballo, distante más o menos unos cincuenta metros de la casa. Se quedó observando con mucho miedo y luego sintió que el jinete estaba en la esquina siguiente y seguía sonando las cadenas; es decir, que no lo vio pasar por el frente de su casa, sin embargo todo indicaba que había pasado.

Ese ruido perduró por espacio de cinco años, nadie logró ver de cerca la figura de este supuesto espectro, pero su presencia nocturna mantuvo atemorizados a los habitantes del sector. Así como apareció, también desapareció. Posteriormente se atribuyó esta aparición a una broma de Juan Cleofe, un pesador de ganado que por su mismo trabajo tenía que madrugar mucho. Como era muy valiente, para asustar a los vecinos se amarraba unas latas galleteras en los pies y pasaba corriendo de madrugada por la calle del cementerio, como llamaban a la hoy carrera 7. Este personaje piriteño murió recientemente y se llevó a la tumba el secreto del Encadenado de Píritu.

Píritu es un pueblo misterioso. Por sus calles siempre se habló de espantos y en la década de los años cincuenta no era extraño ver hombres a caballo y vacas sueltas que se confundían con los espantos.

La señora Petra Parada, debido a su oficio de partera muchas veces tuvo que movilizarse ya entrada la madrugada, y en diferentes direcciones, para atender parturientas que requerían de sus servicios. Esta honorable matrona, abuela de Zobeida Jiménez, la muñquera de Píritu, contaba muchos pasajes relacionados con «aparecidos» que ella veía y oía. Entre otros, su experiencia con un personaje que aparecía en la calle 8, y que al observarlo desde la calle 4 se veía pequeñito, pero a medida que se acercaba iba creciendo, se ponía cada vez más alto, y al llegar a la esquina de los Parada era tan grande que abarcaba toda la calle. Colocaba una mano en la puerta de una casa y la otra mano en la puerta de la casa que estaba al frente. Se dice que cuando doña Petra Parada vio este espanto se desmayó en la calle y se salvó porque cargaba una niñita en los brazos. Por eso, si se va a salir de noche, se recomienda llevar a un niño que esté bautizado para ahuyentar a los espíritus malignos.

Don Narciso Pelayo, que vivía en la calle más antigua de Píritu y guardaba mucha plata (morocotas y medias morocotas de oro), tenía una sobrina que se quedó viviendo en la casa del tío hasta hace poco tiempo junto con los Campins. Ella era la encargada de sacar a asolear la plata: la extendía sobre un cuero de ganado y pasaba las tardes pendiente de que los «bichos» no la botaran. Pero un buen día la plata desapareció. Años después de la muerte del viejo, la sobrina y los hijos de los Campins pasaban largas horas tocando los ladrillos de la casa en busca de algún hueco en la pared donde pudiera estar el entierro. Transcurrieron los años sin encontrar rastros de las tinajas llenas de morocotas que guardaba don Narciso Pelayo. En 1882, cuando tumbaron la iglesia para rehacerla nuevamente, en el altar que era de barro similar a un fogón, consiguieron la plata. La sobrina, ya anciana, reconoció las tinajas con las morocotas, pero las tinajas de las medias morocotas nunca aparecieron. Cuentan que esta fortuna fue empleada en la remodelación de la iglesia.

